

# El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO



AÑO II.

SUSCRIPCION

TRIMESTRE

España..... 1,50 pesetas.  
Ultramar..... 3,75 —

Madrid 1 de Enero de 1894.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR

OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre.  
2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos.  
3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso.  
4.º Importantísimo. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.

NÚM. 25.

## URGE AUMENTAR

### LA GUARDIA CIVIL

Hoy más que nunca, la sociedad alarmada busca una salvaguardia que la ampare contra el crimen y el extravío de las almas perdidas.

Cuando todo caduca y cede, y cuando menos, todo es discutido, hay algo que se mantiene incólume y pujante por encima de este vertiginoso batallar de ideas y pasiones; existe la Guardia civil como recuerdo hermoso del pasado muerto; como prestigio de este presente de incertidumbres; como necesidad imperiosa en este estado de cosas inestable.

Las poblaciones rurales disputan el establecimiento de puestos de la benemérita, cuya escasez tan sensible es de día en día; los servicios públicos reclaman parejas que no es posible prestar; los hombres honrados anhelan encontrar á su paso el característico tricorneo, y la opinión toda mira con satisfacción íntima los servicios que á diario presta ese meritisimo Cuerpo, honra de España.

Los últimos atentados anarquistas ponen sobre el tapete, con carácter de urgente, el aumento de la Guardia civil.

La dinamita en manos de unos cuantos neuróticos, constituye una de las más grandes preocupaciones.

De «espanto de gallinero» y «susto de comadres» ha calificado Mirbeau la emoción honda producida en la burguesía por los tremendos secuaces de Ravachol. Sea lo que quiera, y á pesar de todas las filosofías, el hecho es que el mal existe y es preciso extirpar la tumefacción antes que envenene la sangre. Dejando correr esas ideas y esas doctrinas de una secta maldita, que tan fecundo campo tienen en las imaginaciones no despiertas y en las inteligencias poco cultivadas, corremos irremisiblemente el riesgo de que la fuerza inconsciente de la masa sin sentido moral, arrolle sin dique y sin freno por todos los intereses y todos los respetos.

El labrador que cultiva su hacienda y el comerciante que se dedica á sus negocios y el científico que se enfrasca en sus libros y el hombre de Estado que se consagra á la tarea de gobernar, necesitan de un vigilante perpetuo y eficaz que les libre del crimen de un iluso.

Mucho antes de ahora habíase confesado la necesidad del aumento de la Guardia civil, como lo demuestra la ley publicada en tiempo del Sr. Silvela, que autoriza un aumento de 5.000 hombres en el contingente actual.

Las atenciones apremiantes de la realidad, el «vivir al día», que fué siempre la característica de nuestros gobernantes, han sido la rémora para ese aumento que los servicios públicos están reclamando á grandes voces.

No se trata de un ensayo; se pretende que la propiedad esté suficientemente custodiada; que la vida del ciudadano esté garantida por la gloriosa Guardia civil, que á sus brillantes y antiguos méritos acaba de añadir la nueva confirmación del descubrimiento de los anarquistas de Barcelona, en cuyo importantísimo servicio aparece, como principal, la figura del Teniente Sr. Portas.

Hora es ya de pensar seriamente en dar á este Cuerpo toda la amplitud que su importancia requiere; pagando mejor á sus individuos; cuidando algo más á sus Oficiales y dando á todos lo que se merecen, por los inapreciables servicios que prestan.

Por doquiera deja la Guardia civil un sello especial que la distingue. Ocultábanse los anarquistas, y la benemérita los ha descubierto. Sumábase también en la sombra el bochornoso contrabando de Melilla, y una sección de guardias lo ha sacado á luz.

Si importantísimas son las tareas á que se han de dedicar las Cortes, cuéntase entre ellas ciertamente, el ocuparse del porvenir de la

Guardia civil como una fuerza social indispensable.

Auméntese el Instituto; cúmplase la ley Silvela; establezcanse más puestos, para que el criminal no pueda cobijarse ni en el rincón más escondido, y los que resuelvan tal empeño merecerán bien de la patria.

¡Ojalá que, después de tantas horas perdidas en política menuda y cuestiones de poco momento, sea el año 94, para los representantes del país, el principio de una era de vida nueva y fecunda!

## Lo que se dice

Creemos esencial deber de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, al sentar la planta en los umbrales del año 94, dirigir fraternal saludo al Instituto con cuya representación se honra en el campo del periodismo, y expresar el deseo de que la Corporación vea ensanchados los horizontes de su bienestar, agigantados por el propio esfuerzo, aumentado el público concepto de que con justicia goza, y más afianzada si cabe la estimación general de sus conciudadanos.

Viene llamando poderosamente la atención que en Alemania é Inglaterra se pretenda ridiculizar á nuestro sufrido Ejército expedicionario en Melilla.

Ya sabemos todos la preponderancia militar adquirida por el reino de Prusia y la antigua confederación germánica, bajo las prestigiosas alas del águila imperial *versallesa*; pero nunca fué de naciones que se estiman el empleo del ridículo contra pueblos que, como el nuestro, si no tuviera más que su pasado, bastaría á hacerlo respetable.

Quédense con sus regocijos unos y otros, pero no olviden las lecciones de la Historia que el poeta compendió al exclamar:

«Las torres, que desprecio al aire fueron,  
á su gran pesadumbre se rindieron.»

Y, á propósito, ¿tenemos representaciones diplomáticas en Londres y en Berlín?

Los donativos logrados por el veterano General Palacio en beneficio del Montepío á consecuencia de su carta circular, ascienden ya, con leve diferencia, á las quinientas mil pesetas calculadas por el Director General de la Guardia civil.

Este resultado, increíble para muchos, y hasta calificado de *absurdo*, enseñará á todos á ser cantos en la emisión aventurada de juicios pesimistas, que las más de las veces, inspiran sentimientos personales poco ó nada recomendables.

Nuestra enhorabuena al bizarro General y á la Asociación establecida.

Harto desdichado ha sido para la Guardia civil el famoso y nunca bien ponderado sorteo del día 23 del pasado.

Y en esto hallamos una inconsecuencia del destino, inaguantable de todo punto.

Porque si en los terremotos, tempestades, inundaciones é incendios; si en los choques de trenes, descarrilamientos, vuelcos de carruajes, asaltos, secuestros, motines y algaradas—en lo malo;—si en las corridas de toros y novillos, procesiones, rogativas, ferias y mercados—en lo bueno,—la Guardia civil ha de ser puntual en acudir al quite en el primer caso, y en el segundo á garantizar los esparcimientos del resto de los mortales, bien pudiera el consabido destino, y en su defecto la Dirección general del ramo, tenerla presente y no dejarla, como ahora, á la luna de Valencia.

¿Hay ó no justicia, Veremundo? Porque esto de estar sólo á las duras...

Continúan en la Dirección general los trabajos de reforma en el vestuario, en lo que al abrigo de la tropa se refiere.

Según nuestros informes, propónense que á todo trance resulte utilizable la capota para la confección del nuevo abrigo, del que daremos en el número próximo cuantos detalles adquiramos, y si es posible publicaremos también los figurines, para que nuestros abonados puedan formar su juicio acerca de la proyectada prenda.

Por error de pluma, consignamos en la «Efeméride» de nuestro número anterior que el guardia joven Fernández Andrés fué muerto en las calles de Madrid, cuando precisamente fué éste el que alcanzó el empleo de primer teniente, y su compañero Franco la víctima del 22 de Junio.

Ningún agradecimiento nos debe este colega apreciable por las frases que le dedicamos en

nuestro número anterior. Entendemos que *El Correo Militar* ha reverdecido en su última campaña laureles un tanto agostados por el tiempo, y como lo entendimos lo consignamos.

Por lo demás, la aclaración del colega explicando el por qué de habernos leído, hace innecesaria la nuestra. *El Correo Militar* ha confesado repetidas veces que recibió nuestro primer número, y esto prueba que solicitábamos el cambio; es más, dió cuenta en sus columnas de nuestra aparición, é inmediatamente nos excomulgó, en razón del prospecto.

Afirma hoy que su lenguaje de entonces es el que siempre emplea cuando de defender al Ejército se trata... ¿Y quién le atacó, carísimo maestro? Nosotros no lo hicimos; estamos seguros de ello. Hay que tener la suspicacia de la edad provecta para suponer ofendido el uniforme del Ejército nacional por unos clichés de cincografías representando tipos extranjeros. Según esta teoría, los askaris custodios de Muley Jarafa, que á diario vemos en caricatura, debieran levantar protestas de los elementos militares. La edad y los merecimientos son factores de mucho peso, querido colega; pero no dan la razón por sí solos. Es preciso, además, tenerla.

Conste, pues, que el temor á no vernos correspondidos ha sido causa de que interrumpiéramos la visita á colega tan apreciable como lo es *El Correo Militar*, siquiera no nos hayamos privado por esto de su lectura, que nos es grata sobremanera. Y eso que continuamos cuidadosamente esta parte, para que las estampitas sean, cuando menos, como el resto de las que se publiquen.

Y en cuanto al papel satinado... ¡qué demonio, todo ha de decirse! el papel satinado lo elaboramos nosotros mismos, y nos resulta por una friolera. Si algún día la conveniencia del Instituto, para el que escribimos, hiciera preciso que este periódico se convirtiera en bisemanal, alturno ó diario, crea el colega que el satinado subsistiría. Pero como las necesidades de un Instituto militar no alcanzan á las de aquellos diarios que, con representar al Ejército y la Armada, aún necesitan apelar á la política para poder llenar sus columnas, continuaremos, por ahora, como estamos, y salvada de antemano la conformidad del ilustrado colega, será para nosotros día de júbilo aquel en que veamos realizados sus consejos, que de todo corazón le agradecemos.

## El caso del Juez

### CONFLICTOS ENTRE AUTORIDADES

El caso ocurrido entre el Juez y un dignísimo Oficial del Instituto, no es el detalle aislado: es la manifestación de un desequilibrio penoso de facultades y deberes; es la exteriorización del destino policiaco, al que desde ha largos años vamos caminando, con daño nuestro, sí, pero mayor, mucho mayor para el país.

Si la Guardia Civil alcanzó en el concepto público la alta estimación que ningún otro organismo ha conseguido; si sus fastos gloriosos en los primeros años no sufrieron eclipse ni detrimento, y si cumplió todos los ideales que allá, en la mente de su organizador ilustre, brillaron cuando en las noches dedicadas á estas meditaciones surgió el tipo legendario del veterano que peleara en Flandes' transfigurándole y retrotrayéndole á otros fines y á otros tiempos, pero persistiendo su valor y su pericia militar, unido á moralidad intachable; si este sér, con la misión á él encomendada, nació, se desarrolló y alcanzó el éxito, no fué por otra causa que por la causa esencialísima de haber establecido una perfecta correlación entre las facultades y deberes, entre los medios y el fin; dió color, y salieron cuadros brillantes; dió fuego, y salieron luminarias; creó, en fin, una Institución, y la Institución, mientras lo fué sin ingerencias extrañas, cumplió por necesidades de propia existencia.

Pero vienen otras leyes, y aquel Cuerpo, nacido para nobles iniciativas, para la abnegación y para el arrojo, véase poco á poco reducido al secundario papel de auxiliar perpetuo. ¡Y en qué forma! Triste, el triste espectáculo del Guardia Civil prestando un servicio; pidiendo siempre, siempre rogando; ni una autoridad local que se acuerde de serlo para ayudarlo, y si, apremiada, lo hace, expresando el disgusto por la molestia, atribuida á quien nada pide para sí, siquiera haya devorado leguas, ó con el sol abrasador en el verano, ó en las eternas y crueles noches del invierno; y cuando, por todo premio, experimenta el alma el arrobamiento delitoso de la conciencia satisfecha por el deber cumplido, lejos de hallar en aquellos mismos el aplauso cariñoso, truécase en la censura envenenada, en la

reticencia mortificante, si ya no es en el franco descaro, tal vez por el mismo cuya corona de triunfo y cuya fama de actividad tejen y forman los que, todavía jadeantes, oyen los desplantes del que, á pesar de su diligencia pregonada por la prensa, ni anticipó un minuto el abandono del blando lecho, ni sufrió una arruga la *nívea* pechera.

Una de esas leyes, y que hace al caso concreto de este escrito, es la de Enjuiciamiento criminal, que nos dió la malhadada calificación de «Agentes de la policía judicial»; por ella, cualquier Juez rural ó alguno de Instrucción novel ó absorbente, ve en el uniforme del Cuerpo la representación, no de sus auxiliares, sino de sus subalternos, ayudándole, para creerlo así, hasta los actos de cortesanía, tan recomendados y fácilmente confundidos con los del reconocimiento de una categoría jerárquica.

La denominación esta de «agentes» ha dado, da y dará origen á conflictos, lo mismo de la índole del ahora sucedido, como hasta de la pretensión de imponer multas por supuestas deficiencias de Guardias en el cumplimiento de un servicio, considerándoles, como tales, sus agentes.

La Guardia Civil, por su importancia y por sus fines, no puede aceptar ni sombra de dependencias extrañas, ó, de aceptarlas, va á su ruina; astro es con luz propia, y no satélite; sirve para sí y para todos; pero marcha libre y desembarazada, paralela é independiente de los demás organismos, como es independiente el poder judicial; acudirá por su ministerio á cualquiera llamada, mas lo hará exenta de toda pretensión de vasallaje.

La creencia ya extendida en sumisiones que no existen, y el caso actual, edición enésima de otros muchos, plantea una cuestión de derecho, vital para el Instituto; esta es: la modificación del carácter y concepto de sus Jefes y Oficiales, modificación resuelta ó medio resuelta por el Código Penal vigente.

Hasta ahora no se les ve en otra forma que con la categoría similar á la de sus congéneres en el Ejército, con derechos y deberes más ó menos amplios en lo tocante al mando y al peculiar servicio; mas con el Código á la vista, cabe ya preguntar si háseles revestido del carácter de *autoridad*, no disfrutando antes; y si la respuesta fuera afirmativa, no resta sino la declaración explícita y terminante de la nueva fase, robusteciéndola y engrandeciéndola con todos los atributos externos que, siendo la única forma de hacerlos sensibles al vulgo, y hay vulgo aun entre autoridades, eviten los lamentables conflictos diarios.

En efecto; el art. 7.º, caso 7.º, apartado 2.º del Código asigna el carácter de *autoridad* á cuantos militares... «tengan atribuciones judiciales ó gubernativas en el territorio ó localidad de su destino, aunque funcionen con dependencia de otras autoridades principales»; y por el epígrafe del capítulo 4.º tienen *atribuciones judiciales* los comprendidos en su articulado; mas por el 87 *«todo Oficial que mande fuerzas destacadas»*, quien deberá «prevenir la formación de causas por delitos de la competencia de la jurisdicción de Guerra.» Sólo por estar separado en cierto modo este artículo del capítulo, bajo la forma de «Disposición general», cabe la duda de si el legislador se propuso distinguir entre el *deber de prevenir* la información judicial y la *atribución judicial* misma.

Si la orden de instrucción de una causa, ó la instrucción por sí cuando no hay á quien mandar, es el resultado de un *deber* ó la consecuencia de una *atribución*, distinción es tan sutil, que se presta á una acordada del Consejo Supremo de la Guerra, capaz ella sola de producir una transformación radicalísima para los Oficiales del Cuerpo, y por ende para la Institución entera, sirviendo como ninguna medida para poner á raya á cuantos hoy tan poco la consideran.

Modesta es, hasta no más, nuestra categoría; pero muy importante en pueblos y en zonas huérfanas de mayores recursos, y en los cuales cuantos se nos ponen en frente, mejor ó peor traída, ostentan, al cabo, una autoridad manifiesta y definida. El Oficial de la Guardia Civil no es sólo el Jefe de sus subordinados ó Director de sus servicios. En esta lucha diaria de tanto desbordamiento de pasiones, más que perseguidor de hechos criminosos, es dique y defensor obligado de los inferiores, á quienes como ha de exigirles el cumplimiento de los deberes, así ha de apoyarlos en el sostenimiento de sus derechos, á menudo en litigio, si no atropellados; y si esto no es exclusivo del Cuerpo, por ser esencial en el que manda, eslo sí por la índole y repetición en el Instituto y por las personalidades que en ellos intervienen, ó por las circunstancias en que se realizan.

Conflictos con Jueces municipales, conflictos con los de instrucción, conflictos con Alcaldes, con Delegados, con representantes, todos investidos de poderes definidos y revestidos de *autoridad*, con los cuales ha de luchar en inferioridad de atributos, quien en aquel momento asume la representación de un Cuerpo tan prestigioso como el de la Guardia Civil, teniendo detrás por apéndice responsabilidades efectivas nada suaves, y por delante la presun-



ción de desacatos, presunción obligadora de tibiezas, y si suena mal, de prudencias excesivas; prudencias ó tibiezas generadoras de situaciones desairadas así para él mismo, como para cuanto entonces representa.

Revestido de los atributos de *autoridad*, en los choques con éstas, llenos por lo común de razón, de la cual llegamos hasta el empacho tan insano, ni había ocasión para esas inferioridades en que siempre se lucha, ni había esas forzadas tibiezas por temor al desacato, sentada ya jurisprudencia que entre autoridades no los hay; ni finalmente, y fuera lo mejor, nadie soñaría con superioridades que ni existen *todavía*, ni decorosamente puede aceptarse su existencia.

¿Es pretender un privilegio? Es satisfacer una necesidad, aprobado de antemano por la opinión sana del país, ansiosa de mayores atribuciones para la benemérita; es interpretar el sentido del Código, el cual, á medida que se ve en cualquier empleo militar un mando independiente de superiores á la vista, le asigna atributos de *autoridad*. Y si lo es en tiempo de guerra ó en preparación para ella *todo Oficial destacado*, y en plena paz el que desempeñe un cargo judicial, ocasiones accidentales en que puede personificarse, ¿que mucho que lo sea con carácter permanente quién, como el Oficial del Cuerpo, hállese de hecho en funciones judiciales siempre, aislado, en caso equivalente á perpetua campaña, constreñido á adoptar soluciones de momento y metido en trotes como el originario de esta disertación tan lata?

Enlógio Quintana Duque.

## Impresiones Cubanas

El servicio telefónico de que la fuerza de la Guardia Civil dispone en Cuba, está llamado á sufrir en breve plazo una transformación, cuyos resultados prácticos no han de tardar mucho en percibirse.

Tiende la reforma, según parece, á establecer comunicación fácil y directa entre cada uno de los puestos y la Subinspección general, con lo cual un suceso cualquiera ocurrido en el más apartado rincón de la isla, podrá comunicarse en el acto al Jefe principal, sin los inevitables retrasos que actualmente, por la falta de medios, ó poco acertada disposición de ellos, se sufre.

Para la consecución del fin anhelado, las doce Comandancias en que el Instituto está dividido, para no prescindir del trámite regular, constituirán igual número de *Centros telefónicos*, quienes recibirán de los puestos que forman aquellas cuantas novedades ocurran en sus demarcaciones respectivas. Obtenida esta ventaja, los centros de referencia no tendrán más que dar traslado de todo despacho, por hallarse también en comunicación directa al centro principal, constituido naturalmente por la propia subinspección.

Poco se necesita para penetrarse de los beneficios que de seguro ha de reportar esta reforma; sin gran esfuerzo pueden desde luego calcularse, con sólo tener en cuenta que la subinspección podrá, en un momento dado, ponerse al habla con cualquiera de los *cuatrocientos ochenta y tres* puestos que tiene el Cuerpo, recibiendo noticias y dando órdenes sin pérdida de momento, circunstancia más digna de apreciar en alzamientos como el recientemente ocurrido en las Villas, en los que sólo por la acumulación de fuerzas ó la acertada combinación de sus movimientos pueden obtenerse rápidos y seguros resultados.

De otra reforma importante, y que prueba lo ventajosa que para el Cuerpo ha sido la creación de la Subinspección de Cuba, hemos de dar cuenta á nuestros lectores; tal es la de haberse constituido en definitiva la asociación de auxilios de marcha de los Jefes y Oficiales del Instituto que prestan sus servicios en aquellos dominios.

Varios proyectos se habían presentado desde algún tiempo á esta parte con igual laudable objeto; ninguno; sin embargo, al parecer, ofrecía ventajas positivas en la práctica, circunstancia por la cual todos fueron desechados ó mirados con indiferencia, cuando menos. Al presente, inspirándose la comisión encargada de estudiar el asunto y formular nuevo proyecto en las mismas bases en que se apoya la sociedad de socorros mutuos de la Península, se han vencido las dificultades con que antes se tropezaba, quedando por fin constituida la asociación, á cuyo frente se halla el General Subinspector en calidad de Presidente de la Junta directiva.

Según el reglamento, cada socio Jefe ó Oficial, sin distinción, contribuirá con la cuota de *tres* Pesos por cada uno de aquéllos que regresare á la península, siempre que no excediera de tres su número; pues en tal caso se reservará el exceso para el mes inmediato, siguiendo siempre la regla de no abonar como máximo más que tres cuotas.

Las derramas se satisfarán únicamente por cualquiera de los siguientes conceptos:

- 1.º Por regreso forzoso.
- 2.º Por regreso voluntario, cuando el socio hubiera cumplido en la isla el tiempo de permanencia que prescriben las vigentes disposiciones.
- 3.º Por enfermedad justificada.

El socio que se encuentre en este último caso, percibirá su derrama por medio de apoderado ó por la caja general de Ultramar, en atención á no poderse hacer efectiva, interin no se tenga conocimiento de su baja; si la enfermedad, no obstante, fuese tan grave que se justificara peligraría la vida del Oficial continuando en la isla, se le abonará desde luego la derrama al embarcar, quedando, naturalmente, sujeto al descuento del importe de ella, si, restablecido, regresara nuevamente.

El socio que falleciere hallándose legalmente á

cubierto con la asociación, deja á su familia el derecho de percibir la derrama que á aquél hubiera en su día correspondido, y este derecho no desaparece aún cuando la familia del finado continuara en Ultramar ó fijare su residencia en el extranjero.

También percibirán la derrama correspondiente los socios que optasen, en vez del regreso á la Península, por su retiro, ó licencias absoluta.

Estas, resumidas, son las principales cláusulas del reglamento.

Digna de aplauso es la idea, y más dignos de él todavía, aquellos que inspirándose en el bien general, trabajaron con verdadera fé y entusiasmo por la realización del pensamiento. ¿Necesitaremos decir que para ellos son nuestros plácemes, y que confundidos van nuestras palmas con las que de seguro batan por ellos los Jefes y Oficiales todos del Instituto en esa Antilla?

En los primeros días del mes de Noviembre último, recibió en la Universidad de la Habana la investidura de Doctor en Ciencias D. Manuel Riquelme y Sánchez, laborioso é ilustrado joven que, con una perseverancia y trabajo á toda prueba, ha sabido conquistarse un puesto distinguido desde el modestísimo de guardia segundo del benemérito Instituto, empleo que, á satisfacción de sus superiores, ha ejercido durante la mayoría del tiempo que ha invertido en seguir su brillante carrera.

El *Heraldo de la Guardia Civil* se considera muy honrado al dar á conocer este fausto suceso, y envía al Sr. Riquelme su enhorabuena, deseándole honra y gloria, que lo será á la vez para el Instituto, donde tan gratos recuerdos deja, y en cuyas filas presta aún valiosos servicios su hermano D. Adolfo, Capitán ayudante del 19.º Tercio (Puerto Rico).

Entre los servicios más importantes llevados á cabo por la fuerza del Cuerpo en Cuba, á partir de nuestras últimas impresiones, figura la muerte dada á un bandido, cuya personalidad no ha sido identificada; pero á quien se supone, no sin fundamento, compañero del tristemente célebre Regino Alonso. Tuvo lugar este hecho en la colonia de Oliva, cerca de Jovellanos, merced á las acertadas disposiciones del Capitán D. Domingo Lomo y García, valientemente interpretadas por el Sargento Ramón Quintantes Mateos, un cabo y diez guardias del últimamente citado punto.

Merecen también especial mención, y el hacerlo nos complace grandemente, la captura del paisano Félix Cabrera Fernández y pardo Amador Pérez García, autores ambos del asalto y robo cometido en Agosto del año último en la bodega «La Santa Bárbara», término de Bajiseal. Los dos malhechores han sido aprehendidos por el primer Teniente D. Justo Pardo González, acompañado por el cabo Antonio Martínez y guardia José Santos en la captura del primero, y para la del segundo por el Celador D. Ramón Guardado y guardias Antonio Lagrifa, Rogelio García y Juan García. Tuvieron lugar estos importantes servicios en Quivicán y Batubán, respectivamente, puntos ambos de la Comandancia de la Habana.

Nuestra enhorabuena á los dignos Oficiales y esforzados guardias mencionados, que á tan buena altura saben sostener el glorioso nombre del Instituto á que pertenecen.

## Servicios importantísimos

ANARQUISTAS DESCUBIERTOS

Lo es en verdad digno de todo encomio el prestado por la fuerza del puesto de Barcelona, bajo la dirección del bizarro y dignísimo Teniente don Narciso Portas Ascanio. Mejor que servicio, pudiéramos decir serie de servicios notabilísimos los que acaba de prestar este inteligente Oficial de la Benemérita.

Aparte de los numerosos trabajos dirigidos por el pundonoroso Teniente Coronel D. Santiago Izoard, y encaminado al descubrimiento de los autores de la explosión en el Liceo de Barcelona, el día 13 de Diciembre el Teniente Portas recibió orden de llevar al castillo de Montjuich al anarquista José Codina Yuncu, como presunto autor de aquella terrible catástrofe; no se conformó el Sr. Portas con cumplir su cometido al pie de la letra, y, merced á su perspicacia y talentos, que desgraciadamente en España no se premian, logró, después de titánicos esfuerzos, arrancar del anarquista Codina palabras que el Teniente Portas consideró importantísimas, y por las cuales trasluciese que Codina sabía y no poco respecto á los sucesos del Liceo. El resultado superó á lo que podía esperarse: en la segunda entrevista del Teniente Portas, Codina se confesó coautor de la construcción de cuatro bombas, sistema Orsini, é hizo revelaciones concretas del atentado del Liceo.

Como consecuencia de ellas fué conducido á Barcelona, procedente de Huesca, otro desgraciado de esa familia perversa del anarquismo, Mariano Cerezueta Subrés, y puesto bajo la investigación del citado Oficial, negaba á pies juntillas tener participación en ningún hecho anarquista, y juraba ser todo un infeliz.

No se conformó Portas con semejante declaración: afinó el interrogatorio, sometióle á tales preguntas y le atacó tan por derecho, que logró, aunque después de sesenta horas de continuo trabajo, que el Cerezueta manifestara el nombre del principal autor del hecho del Liceo, pero con pelos y señales tales, que no queda la menor duda: el salvaje, pues, que arrojó la bomba, aquella bomba maldita que tantas lágrimas, lutos y perjuicios causó en la culta ciudad condal, comparecerá ante los Tribunales, y en

el patibulo expiará su crimen, formando celebridad con Pallás, ¿merced á quién? Merced á la Guardia Civil, á ese benéfico Instituto, vigilante perpetuo de los intereses todos de la sociedad, y que á diario prueba que lo mismo captura al criminal en la gruta de las montañas, que descubre al malvado anarquista que cubre sus crímenes bajo la mal entendida *libertad*, y merced á ésta vive coteándose en las grandes poblaciones con las personas pacíficas y honradas; es preciso, pues, que toda esa policía que el Estado paga se inspire y estimule en el comportamiento de la Guardia Civil, y unidos todos, no cabe duda, esa semilla maldita, descendiente de Cain, será extirpada de la sociedad, de igual manera que el labrador de raíz arranca las malas hierbas para que las útiles puedan vegetar.

El corto espacio de que disponemos nos impide ser más extensos en la narración de este notable servicio, limitándonos á dar un *¡bravo!* al bizarro oficial D. Narciso Portas, un aplauso al dignísimo Teniente Coronel Sr. Izoard, y á los guardias José Mayans, Tiburcio Astorgui, Hermenegildo Rubie, Vicente Ferrer, Antonio Rivas y Antonio Freijóo, que tan á conciencia han cumplido sus deberes en la práctica de este servicio.

Después de esto, sólo nos espera ya ver la recompensa que se da la fuerza.

La Guardia Civil de San Martín de Provensals, ha detenido á un exaltado anarquista llamado Pedro Benitez, de veinticuatro años de edad, soltero, natural de Corella, de oficio panadero, que hacía propaganda del anarquismo, y afirmaba que las autoridades nada adelantarían con la persecución de los autores del atentado del Liceo.

«Los compañeros que quedan—dijo—se entenderán por medio de la nueva fórmula adoptada y redimirán la sociedad destruyendo la burguesía.»

A última hora llega á nosotros la noticia de que el Teniente Sr. Portas, debido á sus constantes investigaciones, ha descubierto en una montaña de la villa de Gracia 38 bombas de las llamadas de «Pera», un cajón de madera, botellas y otros efectos que los célebres anarquistas tenían en un subterráneo de dicha montaña guardados para aprovecharlos sin duda en las salvajadas sucesivas.

No nos cansaremos de aplaudir al bizarro Teniente Portas, al Jefe de la Comandancia Sr. Izoard, á toda la fuerza que directa é indirectamente coadyuva á la realización de estos servicios, llamando al propio tiempo la atención del Gobierno, del General Palacio, y muy particularmente la del señor Gobernador civil de Barcelona, para que no se escatimen las recompensas en hechos que, como el presente, resultan notabilísimos.

## DEL BUZÓN

### Lo del Teniente Pardo

Tenemos íntima satisfacción en publicar la siguiente carta que el Sr. Segovia nos remite, muestra de la gratitud hacia la fuerza del benemérito Cuerpo que, secundando las disposiciones del Teniente Sr. Pardo, llevó á feliz práctica el servicio que motivó el conflicto con el Juez de Instrucción, asunto del que nos hemos ocupado con atención, y basado en él publicamos hoy un artículo de nuestro ilustrado colaborador y querido amigo Sr. Quintana.

Últimos la relación de *El Popular* por contener los detalles que ya conocen nuestros lectores.

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Muy señor mío y de mi mayor respeto: Tendría sumo gusto en que publicara en el ilustrado periódico de su dirección mi reconocimiento hacia los Oficiales y Guardias de la benemérita que han contribuido con su actividad y celo á la captura de los autores de los anónimos que en días anteriores me fueron dirigidos, como verá con más detalles por el adjunto suelto del periódico *El Popular*, fecha 6 del presente.

Los que llevaron á efecto la captura fueron el primer Teniente D. Benito Pardo González y los Guardias Francisco Beltrán Sierra, Francisco Fernández Chachón y Antonio Cea Quintana, siendo los primeros en detener al criminal, que está confeso, el bizarro Teniente Sr. Pardo y el Guardia Beltrán Sierra.

También son dignos de elogio los valerosos Capitán y Teniente D. Cecilio Díaz de la Guardia y D. José Valero, que, con el Cabo Sr. Morales (Juan) y los Guardias Antonio Cea Quintana, Antonio Muñoz, Rafael Sáenz Castillo y el Corneta Manuel Barrientos, estuvieron noches anteriores apostados once horas, sufriendo un frío extraordinario, aunque infructuosamente, porque los criminales no se determinaron á llegar al sitio.

No estando en mi mano recompensar cual se merecen á estos señores Jefes y Guardias, lo que con sumo gusto haría, es por lo que ruego á usted haga público este servicio y mi agradecimiento.

Doy á usted las gracias anticipadas, y con este motivo tengo el gusto de ofrecerme como su más atento seguro servidor Q. B. S. M., Sebastián Segovia González de la Cámara.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la preciosa novela

### Un matrimonio por amor

producto de la gallarda pluma del ilustrado escritor D. Francisco Martín Arrué.

Bien notoria es la justa fama de literato de nuestro querido amigo, y á reserva de hacer un detenido juicio crítico, recomendamos desde luego el libro á nuestros abonados.

A su disposición tenemos un buen número de ejemplares, que ofrecemos con un 25 por 100 de rebaja.

El anuncio en cuarta plana.

## NARRACIONES PECULIARES

### La Nochebuena del Niño

ALCALDIA CONSTITUCIONAL  
de  
BARBARIN DE ARRIBA

Secretaría (1)

Núm. 100

Abiendo llegado á mi autoridad a noticia de que los contrarios de esta muy ilustre Villa pretenden alterar la tranquilidad de un conrado vecindario de la misma, é dispuesto contener todos los desmanes que se intenten piensen realizar para lo que se persona, usted, en esta alcaldía de mi mando con todos los números disponibles para contener los insurgentes en el círculo de sus deberes constitucionales, etc., etc.

Dios lo guarde y á mí nome olvide. Dado en Barbarin de Arriba por el in-fraescrito á 31 de Diciembre de 189...

Yo el Alcalde.

Sr. jefe de las fuerzas militares de los Civiles de este pueblo.

Ligera sonrisa iluminó el simpático semblante del Sargento Troncoso al leer la antecedente alcaldía, sin concederle importancia, y preparándose á continuar el despacho de la correspondencia oficial á que estaba dedicado.

La voz del guardia de puertas anunciando la llegada del Jefe de la línea le hizo, sin embargo, levantarse rápidamente, y abrochándose la chaquetilla de cuartel que vestía, salió gorro en mano á recibir á su superior jerárquico.

Era este un primer Teniente, joven y apuesto, á quien pesaban poco las carnes, puesto que antes de que el Sargento Troncoso pudiera franquear la reducida habitación en que estaba, entraba ya en ella, recibiendo complacido el parte «sin novedad» que le rindió el primero.

Sentóse á la mesa el Teniente, dispuesto á escribir, hasta que le interrumpió el Sargento, que permanecía descubierto y cuadrado á su inmediación, diciéndole:

—La única novedad que puedo participar á usted, mi Teniente, es este oficio que acabo de recibir del señor Alcalde...

—¿Y dice?—interrogó el Oficial.

—Una porción de cosas que, si no me lo vedara el respeto, calificaría de disparates.

El Oficial leyó entonces la famosa comunicación, y cuando su semblante juvenil y regocijado ofrecía síntomas precursores de una estrepitosa carcajada, el Guardia de puertas, previo permiso para entrar, entregó á su Sargento otra comunicación del Alcalde, que Troncoso se apresuró á depositar en manos del Teniente. Abrióla éste, y después de enterado, dijo al Guardia de puertas:

—Martínez: al alguacil, que irá yo en persona á llevar la contestación que desea el señor Alcalde.

Y sin ocuparse más del incidente, se dedicó á su trabajo, previniendo á Troncoso continuaran en la casa-cuartel todos los actos como si no estuviese en ella.

No reinaba igual reposo en la casa capitular de Barbarin. Enterada la celosa primer autoridad de que el *Teniente de los Civiles en su misma persona*—como decía el Alguacil—se presentaría de un momento á otro para contestar sus fulminantes escritos, el Alcalde quiso revestir el acto de cierta solemnidad que entendía pintiparada para la gravedad de las *circunstancias*. Mandó reunirse á *too* el concejo, y á por su capa negra de *cirmonia*, sacando á relucir la vara, símbolo de su autoridad sin límites en Barbarin.

Y no paró aquí; sino que, presumiendo próxima la presentación del Oficial, ocupó el sillón presidencial de alto respaldo, mandando al resto de los ediles hacer lo propio, incluso á Colás, Secretario interino, en tanto se conseguía extraer al propietario un mediano clavo que le incrustó en los morros—expresión favorita del Alcalde—una mula cosquillosa.

Grave y solemne permanecía el concejo, hasta que el Alcalde, desasosegado con la larga espera mandó al Alguacil preparara inmediatamente la *limoná*, mandato acogido con sonoros murmullos de satisfacción y castañeteo de lenguas secas y ávidas de humedecerse. La *limoná* llegó antes que el Teniente, y ¡no fué envite el dado por aquellos honorables representantes de Barbarin al mediano cántaro que la contenía! La satisfacción brillaba en los semblantes, interrumpida sólo por leve ruido de espuelas y la voz del Alguacil, que gritaba: «Señor Arcarde, el *Teniente*...»

Avanzó el Oficial con paso rápido por la amplia y destartada estancia concejil hasta la mesa presidencial, y arrastrando una silla y sentándose familiarmente ante el cejijunto Alcalde, le dijo: —¿Usted se ha vuelto loco, tío Pedro, ó es que se le ha subido la *limoná* á la cabeza?

El señor Alcalde se puso de todos los colores del Iris, y de puro estupefacto tartamudeaba sin contestar, resoplando recio y dando con la vara-insignia fuertes cachiporrazos en el suelo.

—Porque—añadió el Oficial—ha de saber usted, tío Pedro, que la Guardia Civil no tiene ninguna dependencia de su pomposa autoridad; y, por lo tanto, que su mandato de presentación es como la carabina de Ambrosio.

(1) Aquellos de nuestros suscriptores que no pertenecían al Cuerpo, pueden abrigar la seguridad de que muchos documentos que recibe la Guardia Civil son más extraordinarios que éste



¡No faltaba más sino que soldados del Ejército se vieran zarandeados por patanes! ¡Estaría bueno!

Usted, por rencillas de campanario que no quiere discutir, pretende imponerse al sensato vecindario de este pueblo y privarle de su tradicional festividad en la Nochebuena del Niño; pues cargue usted solito con la responsabilidad y no pretenda entrometer a mis Guardias en discordias locales. Si el conflicto estalla, la Guardia Civil intervendrá, yo se lo aseguro, y restablecerá el orden y prestará a usted todos los auxilios que necesite; pero sin necesidad de sus mandatos, de todo punto inútiles. Yo celebraré mucho que no sea usted cabezota, y más que no haya necesidad de nada... pero si se empeña, usted responderá de sus alcaldadas e intransigencias y...—no digo más... y abur, Perico.

Y dicho y hecho; el Teniente, que había terminado de ponerse los guantes en el final de su peroración, se levantó sin mirar siquiera al respetable concurso; breves momentos después el galopar de caballos indicaba claramente su salida de la población.

¡Oh manes de Cervantes! ¡A ti, sólo a ti, te sería dable pintar el espectáculo que ofrecía la sala concejil de Barbarin de Arriba, una vez alejado de ella el Jefe de la línea!

El Alcalde, que de antemano había roto la contención de su bastón de autoridad y que estaba rojo como la amapola, consiguió incorporarse, y apoyando las manos sobre la mesa y dirigiéndose al sota-Secretario, balbuceó:

—Ha dicho abúr, Perico?

—Eso ha dicho—contestó el concejo con unanimidad envidiable.

—¿Y sabéis vosotros lo que es un perico?

—¿No se llama osté el tío Pedro?—interrumpió Colás,—pues por eso diría «abúr, Perico.»

—Cállate, animal—contestó el tío Pedro,—de Pedro a Perico ya me sé yo la diferencia;... ni pa Dios aguanto este insulto. Güeno que diga el Oficialillo lo de la responsabilidad y demás que yo no intiendo; pero ¿mire usted que a mí, constituido en autoridad, llamarme... eso? güeno, al avío; ya estás extinguiendo el parte al Gobernador, Colás, del... del... del desacato, eso es, cometió con esta su digna representación.

Y desembarazado de la capa y libre del monumental sillón presidencial, el señor Alcalde cruzaba la estancia a grandes pasos, gesticulando como un loco, en tanto que el resto del concejo, a modo de consuelo, daba el último avance a la limoná.

Mirando el techo beatíficamente y apurando las sabrosas heces hallábase el pseudo-Secretario Colás, cuando la manaza del tío Pedro cayó súbita sobre la vasija, haciendo dar un salto al bebedor y a los ediles, al hacerse trizas con estrépito en el pavimento.

—¿No te he dicho—añadió el enfurecido Alcalde—que inmediatamente escribas el parte del desacato?

—¿Y eso qué es?—gritó entre rabioso y llorando el infeliz Colás,—desatato ó desacato, y ¿quién redió int'ende eso?

—Yo opino—expresó con gran seriedad el primer Teniente Alcalde, que había servido, y pasaba en Barbarin por autoridad científica—que, después de todo, el señor Oficial de la Guardia Civil estaba en lo cierto, y lo mejor sería que tú te apearas del machito y dejases divertirse a la gente del pueblo...

—Antes me harán piazos—auulló el Alcalde.—La Nochebuena del Niño no se celebra este año, y el majo que se atreva, se las entenderá conmigo, que con Guardia Civil y sin ella me basto y me sobro.

¿Qué más quisieran los contrarios, el Cosme y el vitirinario y hasta el padre Cura? He dicho no, y no. Aquí mandó yo... se levanta la sesión, y tú, Colás, ya sabes.

\*\*\*

No hay para qué decir la que se armó en Barbarin de Arriba tan luego como las sombras se apoderaron del pueblo, envolviéndole en sus oscuros crespones. La plaza, solitaria en un principio, fué ofreciendo a la vista perspicaz del tío Pedro grupos de personas que engrosaban por momentos, llenándola completamente.

El zumbido de la multitud semejaba al de inmensa colmena, hasta que al dar las diez en el reloj de la Iglesia, una voz de timbre agudo rasgó el imponente silencio, gritando:

—¡Abajo el burro del Arcade! ¡vivan los vecinos honrados! ¡viva Barbarin de Arriba!

La multitud electrizada corrió los vivos y otros muchos que surgieron de aquella masa informe, negruzca y animada que proclamaba la Nochebuena del Niño.

El señor Alcalde, blandiendo el distintivo de su autoridad, más a guisa de tranca que de insignia, se lanzó impetuoso a contener el desorden sin medir el riesgo. No es mucho, pues, que sus espaldas sufrieran un martilleo de caricia contundentes y hasta *dislacerantes*, haciéndole comprender demasiado tarde los razonables consejos del *Teniente* ¡ay! si él los hubiese seguido. Y lo peor era que la ola humana le envolvía y revolvía cada vez más en el herviente remolino de las pasiones desatadas, y el misero tío Pedro, entre tropezón y estacazo, entreveía un fin, próximo y desdichado. Pero no; estaba allí la benemérita, que inmediatamente apareció en la plaza de Barbarin al mando del Sargento Troncoso, imponiéndose a aquellos energúmenos y arrancando a su ferocidad al pobre Alcalde.

Cuando éste consiguió verse libre y convenientemente bismado y asistido, llamó al sota-Secretario, y con voz lastimosa preguntó la hora que era.

—Las dos de la madrugada—respondió Colás.

—Pues mira, hijo, ya estamos en otro año: as'éntate allí y escribe mi dimisión y...

—¿El que quité usted que escriba? ¡redíos y qué palabrejas me está usted soltando hoy, tío Pedro!

—Tienes razón, hijo,—respondió la voz, siempre doliente, del Alcalde—¿qué entiendes tú de tráminos escogidos?... Déjalo; y en cuanto que amanezca vas y te traes al Secretario de los cabezones si es preciso, porque yo, Colás, aquí donde tú me ves, ya no soy ná. Digo mal; soy admirador de los Civiles

que man salvao la vida. Sin ellos, ¿dónde estaría? Ya tenía razón el Tiniente, ya; y paá no verme en más aflicciones ofrezgo pa, en delante no meterme en otra cosa que en guardar mi hacienda, ¿sabes tú?...

Colás, convencido de estas razones, roncaba profundamente desde mucho antes de oírlas, ejemplo que no tardó en imitar el tío Pedro.

El motín de Barberin y la mesurada conducta de la fuerza tuvo gran resonancia en la provincia, siendo muy aplaudida la última. Y aún para indicar cualquier hecho extraordinario se dice en la comarca: ¡Vaya un belén... ni la Nochebuena del Niño en Barbarin!

Eugenio VEGA DE LA TORRE.

## La paz en el Riff

La prisión de Maimón Mojatar y el nombramiento del General Martínez Campos para Embajador especial cerca de S. M. Sheriffiana, no han causado sensación entre las gentes.

La opinión está ya cansada y descorazonada, y lo que pasa allende el Estrecho juzgalo como dejado de la mano de Dios.

El Jefe riffaño espera ya en Tanger la justicia del Sultán, que por cabeza más ó menos no quedará mal con España, mucho más tratándose de un enemigo temible que mañana pudiera ponerse en frente.

Los askaris buscan con insistencia a Ali el Rubio y al Santón de la Puntilla para que sufran la misma suerte que Maimón.

Entre tanto, Muley Araaf no las tiene todas consigo, porque las kábilas están excitadas por la prisión de su prestigioso caudillo, y créese que la última conferencia con Martínez Campos versó sobre este punto.

Las tropas empezarán a regresar en breve en su mayor parte, quedando sólo 10.000 hombres en Melilla.

Falta hace que los infelices soldados dejen aquella tierra insalubre que les ofrece por lecho un pantano, y por todo abrigo una tienda calada por la lluvia.

El General Martínez Campos partirá hacia Marruecos en los primeros días del presente mes, yendo por mar hasta Mogador, y de allí a Marruecos, por jornadas ordinarias.

Para terminar esta crónica rapidísima, transcribamos un parrufito de una carta de Tanger:

«La *débacle*, amigo mío, es el único título que puede darse al asunto de Melilla.

Errores y torpezas de origen; faltas imperdonables; equivocaciones lamentables; derroches inútiles; immoralidades sin cuento; desorganización completa; desorden espantoso, y, en primer término, desconocimiento absoluto del país, de los hombres y de las cosas, es el sello distintivo impreso por los personajes de primera fila al tremendo desastre que hemos dado en llamar campaña del Riff.»

### El Teniente Martínez báñez.

Es la nota saliente de Melilla, en la obligada quietud de las tropas.

Su actividad, su imponderable celo, ha dado por resultado la aprehensión de varios presuntos cómplices en el contrabando de armas.

La conducta de este Oficial es digna de tenerse muy en cuenta para el día de las recompensas, y esperamos que el General en Jefe ha de ocupar con su nombre un lugar preferente de la propuesta.

## Propuesta de ascensos

Según nuestros cálculos, ascenderán en el presente mes:

A Teniente Coronel: el Comandante D. José Enríquez Patiño.

A Comandantes: Capitán D. Manuel de la Barra-Fernández; otro, Sr. Mola López (de Cuba); otro, D. Marcelino Pascual del Real.

A Capitanes: el primer Teniente D. Gregorio Contreras.

Se coloca un Capitán de reemplazo.

A primeros Tenientes: el segundo Sr. Martínez Gutiérrez.

Se coloca un primer Teniente de reemplazo.

## Permutas

Andrés Báñez García, guardia segundo de la Comandancia de Guipúzcoa, puesto de Irún, desea permutar para Logroño, Palencia, León ó tercera compañía de Zamora.

Juan Mariño Incógnito, guardia segundo de la Comandancia de Gerona, puesto de Dorria, desea permutar para Lugo ó Pontevedra.

## NUESTRO CONSULTORIO

**San Vicente de la Barquera.**—C. T. I.—1.ª No figura usted en la relación; pero como se le concedió el derecho a su ingreso en el Instituto, procede se dirija usted en instancia al Jefe de su Comandancia, para que se lo coloque en lista de aspirantes, con la antigüedad de su ingreso en el Instituto.

S. R. E.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª Siendo clases, no tiene usted derecho.

**Siete Aguas.**—R. G. L.—1.ª Sentimos no poderlo complacer, por estar agotada la edición.

**Arzúa.**—E. G. L.—1.ª Para poder solicitar usted nuevamente la invalidación, necesita que transcurra un año, a contar de la fecha de la Real orden de negativa, según previene la de 24 de Marzo de 1891.

**San Miguel.**—D. V. M.—1.ª Queda hecho su encargo; el año vive calle del Fúcar, núm. 12. 2.ª Sólo le sirve para retiro.

**Orense.**—R. F. V.—1.ª El espíritu de la Circular de 6 de Mayo de 1871 lo determina.

**Almogía.**—J. N. D.—1.ª Si, señor; siempre que las condiciones del local lo permitan. 2.ª Si, señor. 3.ª No, señor. 4.ª No, señor.

**Montoro.**—J. M. B.—1.ª Remitido. 2.ª El 32. 3.ª No, señor. 4.ª Remitido. 5.ª Si; los superiores no lo han considerado como tal, no, señor. 6.ª Pueden señalarlas en el sitio que crean más conveniente. 7.ª No, señor.

**Navas del Rey.**—I. D. L.—1.ª Si, señor. 2.ª Tres años, no; basta con uno. 3.ª Si, señor.

aquel puesto, y un día recibió aviso del padre de Esperanza, que así se llama la muchacha, de que le iban a robar el cortijo. Parece ser que el padre se enteró de que su hija tenía amores, y de que el novio entraba por las noches en su cuarto. El es un hombre honrado, y, no queriendo descubrir su deshonor, fingió que le querían robar, y dió parte al Sargento para que la Guardia civil matara al amante de su hija. No sabía quién era; pero dicen se figuraba era un granuja que hay en el pueblo y que había requebrado a Esperanza. Lo cierto fué que el Sargento y un guardia se emboscaron junto a la casa, y cuando llegó el pobre seminarista le dispararon, creyéndole un ladrón.

—¿Qué horror!—exclamaron los oyentes.

—Su padre—continuó el guardia—fué el primero que le vió la cara cuando fueron a reconocerle. ¡Figúrense ustedes lo que le pasaría! desde entonces está loco; a lo mejor da voces, se tapa los ojos y llama a su hijo; pero, generalmente, permanece horas y horas sin decir nada, sin hablar nada, tal como ustedes lo han visto.

La voz del mayoral llamando «¡Al coche!», sacó a los viajeros del asombro que les había producido la triste historia.

Colocáronse en sus sitios, y la diligencia empezó a rodar otra vez por la carretera. El infeliz que iba al manicomio era objeto de todas las miradas, y a los guardias hacíanles preguntas en voz baja acerca del tremendo drama del cual era aquel infeliz Sargento uno de los protagonistas...

A aquella misma hora una mano solícita, consoladora como ninguna, levantaba la cabeza de un enfermo, que oponía a la muerte su juventud poderosa, depositando en su boca, seca por la calentura, la cucharada de medicina.

Difícil hubiera sido reconocer en aquellos dos seres al desgraciado Antonio y a su infortunada madre. El dolor había desfigurado aquellos dos rostros, días antes tan alegres.

El sol iba ocultándose tras el horizonte, y su luz tibia y suave alumbraba débilmente la alcoba del herido, y en su último esfuerzo contra las sombras que se tendían ya sobre la tierra, besaba por última vez la cruz de una sepultura y la losa de piedra, en la que se leía: «Esperanza.»

—¿Tiene usted cargado el fusil?

—No, señor, mi Sargento.

—Pues meta usted un cartucho con cuidado, antes que se acerquen y puedan oír el piñonco de la llave,

Antonio, dominado por un mundo de encontrados pensamientos, caminaba en aquel instante casi automáticamente.

Levantó la cabeza, y se encontró a doscientos pasos con la casa, que destacaba en la obscuridad su silueta blanca.

La claridad de la luna empezó a ver, aunque débilmente, a través de las nubes, que iban creciendo en densidad.

Entonces avanzó más de prisa, pensando que su Esperanza le esperaba ansiosa de estrecharle entre sus brazos.

Los guardias y el señor Juan, con los ojos al ras de la cumbre de la barda, le vieron llegar, sin que pudieran adivinar ni remotamente al joven seminarista, bajo aquel traje amplio que le daba la apariencia de un hombre ya hecho.

El señor Juan le vió acercarse a la ventana; vió en él al ladrón de su honor, al vil que le robaba todo cuanto en el mundo quería, y con la ira encendida en el pecho se acercó al oído del Sargento, y con voz cavernosa y anhelante le dijo:

—Va a hacer la señal.

—¿No vendrá alguno más?

—No, no—contestó precipitadamente el infeliz padre;—está visto que viene él solo. No hay más que uno, no hay más que uno.

Entonces irguióse la severa figura del Sargento, y en el silencio de la noche resonó la voz enérgica del veterano:

—¡Alto a la Guardia Civil!—gritó, echándose el fusil a la cara.

Antonio quedó aterrado al reconocer en aquellos acentos apocalípticos la propia voz de su padre. Mudo de espanto, sin acción, sin aliento, quedó un instante como clavado en la tierra, con los ojos desmesuradamente abiertos, y sin darse cuenta de su horrible situación.

La pareja y el señor Juan saltaron al camino, con ánimo de prender al intimidado.

Pero Antonio, por súbita reacción, comprendiendo todo el horror de caer en manos de su padre descubriendo sus amores culpables, emprendió, a través del campo, vertiginosa carrera, a la que el «¡alto, alto!», de la benemérita, dábale impulsos de locura.



**Villanueva de la Concepción.**—J. G. G.—1.ª Si, señor. 2.ª El núm. 363 entre los soldados. 3.ª Si, señor; pidiéndolo por instancia.

**Jeréz.**—A. R. H.—1.ª El núm. 10. 2.ª El número 60. 3.ª El 143 entre los Cabos.

**Segura de la Sierra.**—E. G. B.—1.ª Debe preguntarlo a la Comandancia. 2.ª Se lleva el cuaderno de aspirantes en la Comandancia; allí, pues, debe dirigir la pregunta. 3.ª Ninguna. 4.ª 7. 5.ª Ninguna. 6.ª 8.

**Aranda de Duero.**—A. D. A.—1.ª El individuo a quien alude el *Diario Oficial* que usted cita, es natural de San Pedro de Olleros (León).

**Lagunazo.**—A. R. M.—1.ª Tiene que servir seis años sin premio.

**Valjunquera.**—M. C. S.—1.ª Va publicado, y está pagándose hasta el núm. 237, y en breve se hará hasta el 1.370.

**Alda del Fresno.**—J. Q. C.—1.ª Perdía el derecho, y por tanto no puede reclamar. 2.ª En el momento que solicite usted pasar a otra Comandancia, pierde el derecho para la anterior.

**Aras.**—E. S. M.—1.ª Remitido. 2.ª El núm. 21.

**Zudaire.**—C. M. A.—1.ª Tiene que formar expediente ante el Juez Municipal para acreditar ser cierto el extravío, y con el certificado que éste libraré, dirijase usted por medio de instancia al Capitán General de Cuba en súplica de una segunda licencia.

**Irún.**—A. N. G.—1.ª 8, 22 y 31, respectivamente. 2.ª Si, señor; pero al cumplir el actual compromiso. 3.ª Publicada.

**Villamesia.**—F. C. S.—1.ª En la revista de Diciembre causó alta en la Comandancia de Girona.

**Muras.**—J. I. F.—1.ª El núm. 84. 2.ª Nosotros nos referíamos al traslado de la faja; en el otro no podemos intervenir. 3.ª Se ignora.

**Toledo.**—M. F. S.—1.ª Hecho el cambio. 2.ª No ha tenido entrada la instancia.

**Palma del Río.**—A. M. V.—1.ª Pertenece al Escuadrón de Zaragoza, y en el presente mes ha pasado revista en Pastis. 2.ª Si, señor; pero si no ocurre novedad en el curso del servicio que lo altere. 3.ª Remitido.

**Maestu.**—C. B. M.—1.ª Remitido lo que interesa. 2.ª Zamora, 118; Valladolid, 49; León, 31, y Salamanca, 329.

**Valirana.**—J. G. O.—1.ª 41. 2.ª 43.

**Santa María de la Alameda.**—S. S. M.—1.ª El núm. 188. 2.ª El núm. 116. 3.ª El núm. 654. 4.ª El núm. 320.

**Castro Urdiales.**—L. C. C.—1.ª El núm. 28. 2.ª En 1 del actual pasó a Cuba. 3.ª No, señor.

**Dolores.**—G. B. N.—1.ª Se ignora los que existen en aquellas condiciones. 2.ª El destino de agregado es graciable de S. E. 3.ª Se ignora. 4.ª Esto depende de las vacantes que ocurran.

**Santa María del Campo.**—C. M. R.—1.ª Debe

reclamar de sus anteriores Jefes un certificado en que conste el tiempo que dice sirvió después de cumplir su compromiso, y referente al doble plus, solicite usted por instancia de S. M. la diferencia del plus sencillo al doble, que dice no ha recibido.

**Campotejar.**—R. A. S. 1.ª Si, señor, solicitándolo de S. E. el Director general, y dejando un apoderado que satisfaga las cuotas. 2.ª Para quedar sin efecto su pase a Puerto Rico, debe solicitarlo por conducto del Jefe del Depósito. 3.ª 24 pesos, 75 centavos. 4.ª Si, señor.

**Dorcia.**—J. M. I. 1.ª Publicada la permuta.

**Madrid.**—F. S. L. 1.ª No figura para Salamanca el individuo por quien usted pregunta.

### Para pasar el rato CHARADA

Mi prima segunda es yerba que abunda, y medicinal segunda prima en la carne es de lo que gusta más; tercera dos suele hacerse con frecuencia en capital, y la cuarta con segunda propia es para descansar, y el todo, lector, es fácil

que lo puedan encontrar, pues que en tus manos ha estado bien se puede asegurar.

JUAN RODRÍGUEZ TAMARIT.

SOLUCIÓN A NUESTRO PASATIEMPO DEL NÚMERO ANTERIOR

G  
P u m  
J u a n a  
M e t r a l l a  
B a t i d o r e s  
M a r a v i l l o s o s  
M i n e r a l o g í a  
H e l e C h o s a  
L a m i n a r  
L a v i n  
F i n  
I

RAFAEL RODRÍGUEZ ROAS.

Ha remitido la solución D. Leoncio Navas Arroba.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34.

### PINCELADAS

(Colección de poesías)

APUNTES TRIGONOMÉTRICOS

POR

D. RICARDO GARCÍA DE VINUESA

Primer Teniente de la Guardia Civil

PRECIO, UNA PESETA

A los suscriptores de este periódico se les hace el 25 por 100 de rebaja.

### SOCIEDAD ARTÍSTICO-FOTOGRAFICA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

UN CAPITAN DE ARTILLERIA

Fotógrafos alemanes é ingleses.

Retratos. Los más elegantes y económicos (véase tarifa).

Príncipe, 22, Madrid.

## GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

## HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

## Academia Preparatoria Militar

DIRIGIDA POR

D. Clodoaldo Piñal

TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DE ARTILLERIA

MADRID.—Greda, 22.—MADRID

### EL JUEZ NSTRUCTOR

OBRA DE PROCEDIMIENTOS JUDICIALES

por

D. BARTOLOMÉ VEGA Y MONTOYA

Coman ante de Infantería.

### Un Matrimonio por Amor

Novela original de DON FRANCISCO MARTIN ARRUE

Precio: DOS pesetas.

A los suscriptores de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, el 25 por 100 de rebaja haciendo los pedidos a esta Administración.

## SASTRERÍA MILITAR

DE

## Francisco Juan Vidal

25, SAN MIGUEL, 25, MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros.

Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

## SASTRERIA MILITAR

DE

## VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos.

Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

—¡Oh!, se nos escapa, se nos escapa—exclamaba el pobre viejo con rabia y con dolor indescriptibles.

El Sargento le dijo al guardia:

—Apunte usted bien;—y los dos apuntaron.

El infeliz niño seguía corriendo en línea recta hacia el barranco del Arriero, y la luna, como si quisiera ser cómplice de la tragedia, alumbraba cada vez más desde el cielo.

Sonaron casi á un tiempo las detonaciones, y antes de que á los guardias pudiera dejarles ver el humo de la pólvora, gritó el señor Juan:

—¡Ha caído!...

Los tres se precipitaron hacia el sitio donde había caído el que huía. A la débil luz de la luna no distinguieron más que un cuerpo inerte con el rostro sobre la tierra y los brazos tendidos hacia adelante.

—Ya ve usted, Sr. Juan, cómo no se ha escapado—dijo el Sargento;—corría mucho el maldito, pero corren más las balas.

—¡Oh! ¡Tiene usted razón! Tiran bien esos fusiles. Debe estar muerto.

—Ahora lo veremos. Encienda usted, Gutiérrez.

El Guardia sacó del bolsillo una pequeña linterna, y encendió una cerilla, ahuecando la mano para que el aire no la apagara,

El Sargento, con la luz en la mano, puso una rodilla en tierra junto al cuerpo que iban á reconocer.

El Sr. Juan miraba anhelante; sentía palpar fuertemente el corazón en el pecho, creyendo iba á encontrarse con una cara conocida, que no era, desgraciadamente, la del infeliz que yacía á su lado.

Junquera levantó uno de aquellos brazos, que volvió á caer pesadamente sobre el suelo. Después, de un sólo esfuerzo, revolvió al presunto ladrón, haciéndole dar media vuelta.

La luz de la linterna alumbró de lleno el rostro de Antonio. El Sargento alzóse de pronto, como si el mismo horror le hubiera impulsado; su mano, crispada, atenzó el farolillo, haciendo crujir el cristal; su boca, entreabierta, quiso pronunciar palabras que no se articularon; sus ojos, desencajados, miraron un instante, y quedó desplomado junto á su hijo, antes que se hubieran perdido en el espacio los últimos ecos del grito estridente que lanzó al caer.

## EPÍLOGO

En una tarde melancólica de Octubre iba por la carretera real la diligencia que hacía el servicio diario á Sevilla, y pasaba por Pampana á las cuatro.

En el interior del coche llamaba poderosamente la atención de los viajeros aquel Sargento, que, sin arma ninguna, con el gorro de cuartel calado y el cuello de la capota subido hasta los ojos, parecía, más que un superior de los dos guardias entre los que iba, un preso que los mismos condujeran.

Sin duda impresionados todos por la misma idea, guardábase un silencio que parecía una consigna.

La diligencia llegó á una venta donde cambiaba de tiro, y los viajeros bajaron á merendar y á sacudir aquella quietud forzada del camino. Uno de los guardias bajó también, y el otro quedóse con el Sargento.

Uno de los curiosos más decididos se acercó al de la benemérita.

—Usted dispense—le dijo muy cortésmente;—pero nos ha interesado ese Sargento que va con ustedes, y que parece está enfermo.

—¡Ay, sí! Ha acertado usted—le contestó el guardia.—Nuestro pobre Sargento tiene una enfermedad incurable: está loco.

Los demás viajeros se iban aproximando para oír la relación del guardia.

—Es una historia horrible—decía éste.—Tenía un hijo único, que estudiaba para Cura; el chico se enamoró de una muchacha muy hermosa de Pampana; el Sargento Junquera, que así se llama, era comandante de